

BARBARA LEAHY SHLEMON

**ORACION
QUE SANA**

ORACION QUE SANA

BARBARA LEAHY SHLEMON

ORACION QUE SANA

Título original: HEALING PRAYER

Ave María Press

Notre Dame, Indiana 46556

Impresor: Talleres Gráficos Pía Sociedad de San Pablo
Vicuña Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.), Chile

Junio de 1992

Impreso en Chile - Printed in Chile

Yo no hubiera podido escribir este libro sin el apoyo y la cooperación de mi esposo y de mis hijos. Por la paciencia que han tenido, que Dios los bendiga.



Bárbara Leahy de Shlemon recibió su título de enfermera en la Escuela de Enfermeras del hospital de San Francisco en Evanston (Illinois, EE.UU.).

De 1957 a 1969 trabajó como enfermera en tres Hospitales. Desde 1969 se dedica a dar conferencias sobre el ministerio de sanación en la Iglesia Católica, es decir, sobre la oración que sana.

También ha formado parte del equipo del Padre Francis Mac Nutt, O.P.; con él ha participado en sesiones de oración pidiendo la curación de miles de personas a través de los Estados Unidos y otros países.

La señora de Shlemon está casada y tiene cinco hijos, entre los doce y los diecisiete años de edad.

PROLOGO

Fue en un retiro memorable en 1969 que conocí a la señora Bárbara Leahy de Shlemon. Ella me había escrito al leer que yo iba a dar un retiro carismático en la Casa Madre de las Dominicas de Racine, Wisconsin, para decirme que quería conocerme. Había oído hablar de mí a dos amigos nuestros: el Reverendo Tommy Tyson y la señora Agnes Sanford, con la cual había estudiado el ministerio de curaciones.

Recibo a menudo cartas parecidas de personas que se ofrecen para ayudar a dar retiros, pero cuando conocí a Bárbara, el sábado por la mañana a la hora del café, me di cuenta en seguida de que era una persona extraordinaria. Cuando muchos de los participantes en el retiro nos pidieron oraciones por sanación interior, le pedí a Bárbara que me ayudara. Mientras rezábamos aquella noche por tanta gente traspasada de dolor, me di cuenta de una manera más profunda aún, que Dios le había dado a Bárbara un don maravilloso de compasión y un poder enorme para sanar.

Después me contó cómo había comenzado a rezar por la curación de los enfermos cuando trabajaba de enfermera en un pequeño hospital. En esa época ella no conocía ningún católico que estuviera

haciendo tales cosas. Por varios años se vio obligada a andar sola, fiel a la Iglesia, pero aprendiendo de sus amigos protestantes todo lo que sabían sobre la curación de los enfermos.

En aquel retiro se formó un equipo magnífico para ese ministerio, (que incluía a la Hermana Jeanne Hill, O.P., a quien también conocimos en esa ocasión). En ese tiempo había católicos, aún entre los "carismáticos", que rechazaban la idea de rezar por la salud de los enfermos fuera de los Sacramentos; lo consideraban como algo propio de los protestantes. Afortunadamente, como al año, este prejuicio empezó a desaparecer y fue desapareciendo cada vez más. Una noche en junio de 1974, durante un acto religioso en el estadio de la Universidad de Notre Dame, se rezó por la curación de los enfermos en presencia de unos 20.000 católicos. Como era de esperarse, Bárbara formó parte del equipo esa noche orando por la sanación de la multitud, como lo había hecho tantas veces en su grupo de oración, en innumerables retiros y en conferencias.

Nuestro equipo ha viajado por muchos países de la América Latina y, más recientemente, a Inglaterra e Irlanda. Alentada por su esposo Ben, ella ha desarrollado un ministerio bellamente armonioso que incluye la oración por la salud de los enfermos, tanto física como emocional.

Durante los últimos años he observado cómo Dios desarrollaba más y más en Bárbara el don de curaciones y en especial mediante la inspiración o palabra de conocimiento, cuando nadie sabía por qué rezar. Este don le ha sido de gran ayuda en estos últimos años en que multitudes de enfermos la abrumbaban pidiendo su oración y ella contaba con muy poco tiempo para conversar despacio con cada uno.

Además de las muchas formas en que Dios se ha servido de Bárbara para orar con la gente, él le ha dado también la facilidad de explicar las cosas clara y sencillamente, en especial todo lo que se refiere a la curación interior, es decir la curación emocional.

Este libro es el resultado de muchos años de enseñanza en las Escuelas de Cuidado Pastoral, y en los cursillos sobre sanación que hemos tenido en lugares como Santiago de Chile; Cochabamba, (Bolivia); Dublín, (Irlanda); Manchester, (Inglaterra); Notre Dame (Indiana, EE. UU.) y Nueva York. Sobre todo, este libro contiene la experiencia adquirida por haber rezado por miles de personas.

Este libro está escrito con una sencillez tal, que todos podrán leerlo con provecho. A través de sus páginas brilla el entusiasmo y el cariño que animan la oración de Bárbara y su persona cuando habla.

FRANCIS S. MAC NUTT, O.P.

INTRODUCCION

Una noche de 1964, el Señor me dio una lección sobre su amor que debía cambiar mi manera de encarar el sufrimiento y, en último término, el curso de mi vida. Como enfermera profesional, estaba a cargo de la sala de cirugía, y me tocaba el turno de la noche, en un pequeño hospital del medio oeste de los Estados Unidos. El informe que recibimos del turno anterior indicaba que había una paciente en estado de coma que probablemente moriría esa noche. El caso era muy triste, ya que se trataba de una joven madre de tres niños, la que durante su estadía en el hospital, había luchado valientemente por salvar la vida.

Al entrar en su cuarto para examinar el suero me afligí enormemente. El peso de la mujer se había reducido a 41 kilos. Tenía el abdomen tan hinchado que parecía embarazada de nueve meses. Sus brazos y piernas eran palillos; se le había caído todo el cabello y la piel tenía el color amarillento de la ictericia. No respondía a ningún estímulo, y la respiración era muy lenta e irregular.

Eché una mirada al marido que estaba al otro lado del cuarto, sin encontrar palabras que pudieran serle de consuelo. La muerte de su esposa parecía próxima.

De regreso en la sala de las enfermeras le confesé a Harriet Saxton, la otra enfermera de guardia, mis sentimientos de incapacidad. Ella estaba de acuerdo en que el estado de la señora era grave, pero no creía que debíamos desesperar. Yo sabía que Harriet era episcopal, con una gran fe en que Dios escucha nuestras oraciones. Sin embargo, me parecía que era pura ilusión pensar que Dios podría intervenir o intervendría en este caso.

Sin inmutarse por mi escepticismo, ella se acercó al marido de la señora y le sugirió que llamara a su párroco para que le administrara a su mujer el sacramento de la Santa Unción. Por muchos años este sacramento de la unción de los enfermos se consideraba la preparación inmediata para la muerte; pero Harriet explicó que el reciente Concilio Vaticano II le había devuelto a la Santa Unción su concepto original, es decir el del sacramento de los enfermos. Debía de administrarse como un medio para sanar.

El esposo se demoró un rato largo pensando qué hacer, y al fin decidió que no había más remedio que llamar al sacerdote. El padre vino unos minutos más tarde. El anciano párroco de la Iglesia católica de la localidad leyó en voz baja, en latín, las oraciones del ritual, haciendo pausas en los intervalos para ungir el cuerpo de la señora. También trajo la Comunión, pero la pobre mujer estaba en un estado de coma demasiado profundo como para recibirla. El sacerdote sólo le tocó los labios suavemente con la Hostia y luego se marchó del hospital.

La ceremonia duró unos minutos sin que se viera ningún cambio en la condición de la enferma, y yo me fui a casa esa noche pensando que habíamos

infundido falsas esperanzas en el caso de una persona desahuciada. Al día siguiente por la tarde cuando volví a trabajar pasé por el cuarto de la moribunda y me quedé pasmada. Estaba sentada en la cama tomando un plato de sopa. ¡Era increíble! La enfermera de día que pasaba por allí en ese momento me dijo, sin darle mayor importancia: “Se mejoró anoche”.

Esa fue mi primera experiencia, mi iniciación en el poder de Jesucristo para sanar, y apenas podía contener mi curiosidad sobre el particular. Empecé a leer la Biblia, y descubrí los numerosos textos de los Evangelios que tratan de curaciones. Nunca se me había ocurrido que semejante fenómeno fuera posible en pleno siglo veinte.

Harriet me invitó a que la acompañara a la reunión de un grupo de oración en Wheaton (Illinois, EE. UU.), donde me sería posible conocer a otros cristianos que comprendían el poder de Dios para sanar a los enfermos. Estas reuniones carismáticas tenían lugar bajo la dirección de un sacerdote de la Iglesia episcopal, el Reverendo Richard Winkler, y me llevaron al bautismo en el Espíritu Santo. Esta buenísima gente del grupo de oración me enseñó el gozo de “caminar en el Espíritu”.

Me animaron a permanecer en la Iglesia católica y a orar para que la renovación del Espíritu Santo se extendiera a todos los cristianos. Me di cuenta de lo sabio que había sido ese consejo, cuando dos años más tarde las manifestaciones del Espíritu Santo en la Universidad de Duquesne dieron comienzo a la Renovación Carismática en la Iglesia católica.

A través de los años nuestro Señor me ha dado muchas oportunidades de ampliar mis conocimientos sobre el ministerio de sanación; me ayudaron muchos cristianos de amplia y variada experiencia en esta materia. Los libros y las enseñanzas de la señora Agnes Sanford me dieron confianza en mi aptitud de llegar a ser un instrumento del amor sanador de Dios. La señora de Sanford y su esposo, Edgar, un sacerdote episcopal, fundaron un instituto llamado "Escuela de Cuidado Pastoral", para enseñar a pastores, médicos y otros profesionales a orar por los enfermos. Asistiendo a estos cursos y alternando con ministros como John L. Sanford, Francis Whitner, Morton Kelsey y Herbert Nabb he logrado profundizar el mensaje del Evangelio respecto a la curación de los enfermos.

Desde 1969 he tenido el privilegio de trabajar con el Padre MacNutt, un dominico de San Luis, (Missouri, EE. UU.), autor del libro *HEALING* (Ave María Press, 1974). Con el Padre MacNutt hemos participado en equipos de retiro, en talleres y en seminarios para enseñar a orar por la curación de los enfermos, por todo Norte y Sudamérica.

En los capítulos siguientes hay numerosas citas bíblicas tomadas de la versión española de la *BIBLIA DE JERUSALEN*.

No pretendo hacer una presentación teológica de la Palabra de Dios; solamente deseo compartir con el lector algunas ideas nacidas de la meditación cuidadosa de la Sagrada Escritura.

He interpretado estos pasajes a la luz de mis experiencias personales de la oración de intercesión por los enfermos durante los últimos diez años; pe-

ro estoy consciente de que mi especialidad es la medicina, no la teología.

La profesión médica siempre se ha mostrado muy escéptica frente a la oración como medio para obtener la salud, ya que los apóstoles de este método suelen ser fanáticos que aconsejan a la gente “reclamar la curación” y “botar las medicinas”. Estas prédicas intolerantes han ofendido tanto a la mayoría de los médicos que ellos rechazan toda oración de sanación como fanatismo religioso.

Creo que es posible, y también necesario, integrar el cuidado físico y el espiritual de las personas para lograr una totalidad verdadera y armoniosa. No me cabe duda de que el Señor se vale de medios ordinarios para sanar a los enfermos, tales como la competencia de un cirujano, el diagnóstico del médico y los beneficios logrados por las medicinas y los tratamientos. Sin embargo, me preocupa mucho que nosotros, los dedicados al cuidado de los enfermos, hayamos fallado al no reconocer la importancia de la dimensión espiritual. Aún muchos hospitales fundados por órdenes religiosas han perdido de vista su compromiso original de velar por la salud del cuerpo, del alma y del espíritu de los individuos.

Este libro no está escrito como una guía completa para orar por los enfermos. ¡Hay tanto que aprender y cada uno de nosotros tiene solamente una parte de la visión completa! Pero *sí* está escrito con el deseo ferviente de estimular al lector para que descubra su capacidad de llegar a ser canal del amor sanador de Jesucristo.

Después de pasar muchos meses angustiosos tratando de averiguar la voluntad de Dios, el Señor

me indicó claramente que quería que me dedicara del todo a trabajar en el ministerio de curaciones. El conflicto entre mi profundo deseo de asistir a los enfermos como enfermera profesional, y mi gran deseo de dedicarme a la salud espiritual de los mismos, se resolvió una noche.

Yo había trabajado más de una hora de tiempo extraordinario para terminar el papeleo del hospital. Había descuidado este trabajo mientras oraba con los pacientes. Tan pronto como llegué a la entrada de nuestra casa y apagué el motor del automóvil, la presencia de Nuestro Señor pareció llenar el vehículo. Su cercanía era tal que me eché a llorar, y un torrente de lágrimas corrió por mis mejillas mientras expresaba mis angustias y confusiones con respecto a mi vocación.

En lo más hondo de mi corazón sentía que Jesús me preguntaba si yo estaba dispuesta a sacrificar mi profesión para seguirlo a él. Todo mi ser se resistía. Yo me preguntaba, "¿cómo será posible que el Señor me pida semejante cosa, dada la escasez de enfermeras que hay, y después del tiempo, el dinero y las energías invertidas para llegar a ser enfermera?"

La voz que oía dentro de mí insistía que le contestara. ¿Estaba yo dispuesta a dejar de lado la carrera escogida por mí y emprender una nueva ruta? Me parecía que hacía horas que estaba en el automóvil, mientras la lucha interior seguía sin tregua. Al fin, llorando, me entregué en las manos del Señor; acepté renunciar a mi puesto en el hospital; y en ese momento me inundó una sensación de paz irresistible. No ocurrió nada espectacular, no hubo rayos en el cielo; solamente la tranquilidad de saber que había hecho lo que tenía que hacer.

No fue sino tres años después de tomar esa decisión que el Señor me guió a enseñar a otros a orar por los enfermos. Jamás hubiera soñado semejante cosa y todavía no me siento capaz de hacerlo; pero considero esto una ventaja, puesto que me obliga a poner toda mi confianza en el Espíritu Santo.

Dios sigue revelando su verdad a los niños sencillos, y sus enseñanzas me causan una sorpresa constante. Los últimos años me han confirmado ampliamente que estaba en el camino trazado por él. He tenido la oportunidad de observar cómo un sinnúmero de personas comenzaban una nueva y más estrecha relación de amistad con el Señor, después de haber sido tocadas por su poder sanador.

Recientemente recibí una carta de una monja católica que fue sanada en una sesión de oración:

“Es maravilloso estar libre del dolor, de la visión doble, y del vértigo que me han atormentado durante seis años, a pesar de las tres intervenciones quirúrgicas que fueron un fracaso. Yo estoy segura de que de ahora en adelante mi vida va a tener un sentido nuevo. Ahora tengo un nuevo apostolado que consiste en visitar a los enfermos y consolar a sus familiares”.

Dios la libró de los lazos de todo sufrimiento físico y ahora está como nueva. Noticias de curaciones parecidas se reciben por todo el mundo con más y más frecuencia.

¿Y qué hay de las personas que siguen enfermas a pesar de repetidas oraciones?

Hay una infinidad de razones por las cuales la gente no es sanada y solamente nuestro Padre Celestial sabe realmente por qué. Los años de expe-

riencia me han enseñado a no perder tanta energía preguntando: “¿Por qué no se curan todos?” y a darme cuenta de que el problema es demasiado complejo para mi entendimiento. He aprendido a dirigir mis esfuerzos a orar por los enfermos, dejando los resultados al Creador que sigue siendo el Dueño y Señor del universo. A mí no me cabe duda de que el Señor quiere que nuestra salud sea completa: en cuerpo, alma y espíritu, pero esto lo llevará a cabo cuando él quiera y como él quiera.

El Apocalipsis nos describe “un cielo nuevo y una tierra nueva” donde Dios “enjugará toda lágrima de nuestros ojos; no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos, ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado” (Ap. 21:1-4).

Hasta que ese día llegue, tenemos la responsabilidad de mantener la luz de Jesucristo encendida en la tierra. Nuestras oraciones pueden hacer mucho para apresurar Su regreso.

Capítulo I

¿QUIEN TIENE EL DON DE SANACION?

Estas son las señales que acompañarán a los que crean: impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien.

(Marcos 16,17)

Mientras Jesús estuvo aquí en la tierra llevó a cabo muchas curaciones. Cuando encontraba a gente sufriendo, les aliviaba su dolor y les restablecía la salud.

La mayoría de los cristianos no tiene dificultad en creer que el Señor poseía el don de curaciones, necesario para sanar a los enfermos. Al fin y al cabo, Jesús es Dios encarnado, y Dios lo puede todo. Leemos los relatos bíblicos de los milagros de curaciones y quisiéramos que Jesús estuviera presente con nosotros para curar a los enfermos de nuestros tiempos.

Con la cantidad de hospitales que siguen construyéndose, con los médicos que no dan abasto para atender a la creciente población, y con tantas enfermedades que todavía se consideran incurables, no cabe duda de que podríamos usar este carisma de curaciones.

La Buena Nueva es que hoy en día *tenemos* con nosotros el amor sanador de Jesucristo; y el Señor ha delegado este don suyo de sanación en cada persona que crea que Jesús es el Hijo de Dios y lo reciba como su Salvador.

Antes de que lo crucificaran, Jesús dijo a sus discípulos: “Yo os aseguro: el que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún, porque yo voy al Padre” (Jn. 14:12). Jesús les estaba diciendo a sus discípulos que el sanar a los enfermos, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos no iba a terminar cuando El no fuera visible. El encargo de continuar la obra de sanar fue dado a “quien crea” en El. Las obras serían aún mayores porque no serían hechas por un hombre, sino por todos los que proclamen a Jesús como Señor.

Jesús nos ha constituido como extensiones de sí mismo, para poder tocar la multitud por nuestro medio y sanarla con Su amor. El ya no tiene manos sino las nuestras para imponerlas sobre los enfermos. Si como cristianos creemos verdaderamente que el Señor habita en nosotros, entonces no debería sorprendernos que podamos orar por los enfermos y que éstos sanasen. No hacemos más que proporcionar el medio para que el amor de Dios pueda resplandecer a la vista de todos.

Los cristianos suelen creer que el don de curaciones está reservado a ciertos individuos que reciben una “llamada” sobrenatural de Dios para ir a curar a los enfermos. Leemos las vidas de los santos y nos parece difícil o imposible imitar su santidad heroica y sus actos de piedad. Por consiguiente llegamos a la conclusión de que de ninguna manera sería posible imitar sus obras de curación. Cuando pensamos en milagros los relacionamos con santuarios como Lourdes y Fátima y rara vez nos detenemos a pensar que Jesús esperaba que hiciéramos obras semejantes. Si es verdad que Dios “no tiene favoritos” (Hechos 10:34), entonces cada uno de

nosotros debe buscar la manera de desarrollar su relación con Dios en plenitud.

Una excusa muy corriente para no ejercer el don de curaciones es la de que "yo no soy digno". Hay un sentido de incapacidad en cada uno de nosotros; pensamos que nos falta mucho para que Dios pueda usarnos. No nos atrevemos a comprometernos antes de llegar a ser de algún modo completamente puros y santos; entonces estaríamos preparados para servir al Señor.

La Buena Nueva es que Jesucristo vino a salvarnos "siendo nosotros todavía pecadores" (Rm. 5,8), y El quiere servirse de nosotros con todas nuestras debilidades, imperfecciones e impurezas. Mientras nos demos cuenta de nuestras faltas sentimos la necesidad de confiar totalmente en Su fortaleza, bondad y santidad.

Las personas más eficaces en el ministerio de sanación son aquellas que están más dolorosamente conscientes de sus limitaciones, y sin embargo se ponen a la disposición de Dios. Cuando confiamos en nosotros mismos y dependemos de nuestras propias fuerzas no servimos mucho para la obra del Señor. El sentirnos indignos no nos salva de la responsabilidad de ejercer el ministerio de sanación; debe hacernos instrumentos más sensibles para ser usados por el Señor.

Después de haber visto la sanación de la señora por medio de la Unción de los Enfermos, empecé a probar la oración. Pensaba, "si un sacramento puede producir resultados tan dramáticos, quizás mis pobres oraciones serán suficientes para aliviar a algunos de los pacientes". Por lo tanto decidí buscar la oportunidad para orar con los enfermos que estaban

a mi cuidado. No tenía entrenamiento previo en métodos para orar, pero tenía un profundo deseo de aliviar el sufrimiento y de ver sanar a la gente. Estaba dispuesta a hacer el papel de loca por Cristo si con eso ayudaba a alguien.

La primera oportunidad se presentó en la persona de un anciano que padecía de cáncer bien avanzado. Tenía unos dolores fuertísimos y había que administrarle grandes dosis de narcóticos; constantemente tenía náuseas y vomitaba. Una tarde, mientras le ponía una inyección, le pregunté si quería que rezara con él. Me agarró la mano fuertemente y me dijo: "Por favor, pídale a Dios que me ayude". Yo le dije unas palabras sobre el amor que Dios le tenía, como había muerto por él, y después rezamos juntos el Padrenuestro.

El anciano se durmió tranquila y sosegadamente y yo salí del cuarto. Vivió varias semanas antes de que Jesús lo llamara al cielo, pero desde ese momento no hizo falta darle más narcóticos ni tuvo más vómitos. ¿Habría sido coincidencia o el poder de la sugestión actuando en este caso? La explicación parecía menos importante ante el hecho de que se había aliviado del dolor a un ser humano. Yo por mi parte decidí continuar probando con la oración.

Unos días más tarde ingresó en el hospital un caballero de 83 años para operarse de la próstata. Su médico estaba preocupado con la operación porque tenía miedo de que su corazón no la resistiera, pero como era necesaria, muy a su pesar se decidió a operarlo. La noche antes de la intervención quirúrgica fui al cuarto del paciente y oré en silencio pidiéndole a Jesús que le curara la próstata. A la mañana siguiente el enfermero lo condujo en camilla a la sala de operaciones y media hora más tarde lo

condujo de nuevo a su cuarto; no había sido necesario operarlo porque la próstata había vuelto a su tamaño normal.

A June Stewart, una enfermera que trabajaba con Harriet y conmigo, le llamó la atención la eficacia de estas oraciones. Se le ocurrió la idea de organizar su grupo de oración de intercesión con personas que trabajaban en el hospital; se oraría por las necesidades del personal y de los pacientes.

En nuestro turno de tres de la tarde a once de la noche, el único tiempo libre en que podíamos reunirnos era durante la hora del café al atardecer. Y así fue como seis personas empezamos a reunirnos para orar todas las tardes en una sala de operaciones que no se usaba. Pocas personas fuera del grupo sabían lo que estábamos haciendo, pero todo el hospital parecía sacar provecho de esos ratos de meditación.

Durante este tiempo rezábamos por los pacientes más graves y sus familias. Algunas veces estas oraciones producían mejorías notables en el estado físico de los enfermos; a veces daban a los pacientes valor y confianza para enfrentar la operación; otras veces comunicaban más fortaleza a los moribundos y a sus familiares; la oración siempre nos pareció influir de una manera positiva y manifestarse en paz interior.

No había manera de probar la eficacia de la oración en estas situaciones, pero nosotros descubrimos que "estas coincidencias" ocurrían con más frecuencia después de rogarle al Señor.

Las enseñanzas de Jesús hacen mucho hincapié en la importancia de pedir, por lo que el grupo de oración del hospital continuó durante varios meses cumpliendo el mandato de Jesús.

Capítulo II

ORIENTACION

Y todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré. (Juan 14,13-14)

“Si Dios lo sabe todo, entonces sabe lo que yo necesito y yo no tengo que pedirle nada”. Este es el razonamiento que usa mucha gente que cree que la oración es una manera demasiado cómoda para enfrentar los problemas de la vida.

“Ayúdate que Dios te ayudará”, suelen decir, olvidándose que Jesucristo vino a ayudar a los que no podían ayudarse a sí mismos. Esto no quiere decir que nos echemos a dormir y esperemos tranquilamente que Nuestro Señor lo haga todo, pero sí nos enseña a dejar que Jesús tome parte activa en la manera de responder a nuestras oraciones.

Jesús dijo a sus discípulos: “Vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo” (Mt. 6:8), y a continuación les enseñó el Padrenuestro para que supieran cómo pedir. Nuestra relación no debía ser una dependencia pasiva del amor del Padre, sino un esfuerzo activo de cooperación, para buscar “el pan de cada día”. El Señor nos da muchas cosas que necesitamos sin que se las pidamos. Sin embargo, con frecuencia espera que seamos específicos en nuestras peticiones para que “nuestro gozo sea completo” (Jn. 16:24).

El nos ha dado libre albedrío, de ahí que no da por sabidas nuestras peticiones. No quiere violentar la santidad de nuestra personalidad.

Cuando los dos ciegos le gritaron a Jesús: “¡ Señor, ten compasión de nosotros, Hijo de David!” El les preguntó: “¿Qué queréis que haga por vosotros?” No supuso automáticamente que ellos querían que los sanara. Solamente después de que le pidieron: “¡ Señor, que recobremos la vista!” Jesús tocó sus ojos y recobraron la vista.

¡ Cuántos deseos de nuestro corazón quedan sin respuesta porque no pedimos! También olvidamos la segunda parte de la enseñanza del Señor: “Pedid en mi nombre”. Esto no quiere decir que pongamos el nombre de Jesucristo al final de todas nuestras oraciones como una fórmula mágica para tener éxito. Jesús se dirigía a los judíos, para quienes el nombre de una persona significaba su destino, personalidad y carácter. Los padres judíos tenían mucho cuidado en el nombre que le daban a sus hijos porque el nombre significaba la orientación y la actitud de sus vidas. En la Biblia se menciona que el Señor cambió el nombre a ciertos individuos como a Sara, a Abraham, a Pedro, a Pablo, quienes habían tenido una experiencia espiritual que alteró toda la orientación de sus vidas. Cuando Jesús nos dice que pidamos “en su nombre”, nos enseña a orar con su personalidad y carácter. El quiere que llegemos a tener la misma relación íntima que El tenía con su Padre, de manera que nuestras oraciones sean siempre escuchadas.

Este tipo de relación no se logra de la noche a la mañana, sino que requiere que nos empapemos en la personalidad de Jesús hasta que llegemos a

ser conformes a su imagen y semejanza. La lectura diaria de la Sagrada Escritura, especialmente de los Evangelios, el tiempo dedicado a la oración tanto personal como colectiva, y la lectura espiritual pueden ayudarnos a llegar a esta meta.

Con frecuencia dejamos de pedir ayuda a Dios porque creemos que nuestras necesidades son demasiado insignificantes para que las tenga en cuenta. Esto limita la intervención del Señor en nuestras vidas ya que entonces solamente oramos en situaciones críticas. Si nosotros *no* vemos al Señor respondiendo a nuestras oraciones en cosas pequeñas, será difícil confiar en El cuando venga un desastre. La fe crece con la experiencia y necesita ser fortalecida con la práctica.

Jesús también afirmó que nuestras oraciones serían escuchadas “para que el Padre fuera glorificado en el Hijo”. Esto puede ocurrir únicamente si buscamos hacer la voluntad del Padre por medio de nuestras plegarias. Muchas veces nuestras peticiones son infructuosas porque no hemos buscado la voluntad de Dios en ese caso concreto. Presumimos que Su voluntad es la misma que la nuestra sin antes pedirle que nos guíe.

Durante muchos años pedí por la conversión de mi esposo a la Iglesia católica y para que participara conmigo en el ministerio de sanación. Nunca pensé que el Señor podía tener otros designios. Al ver que nada ocurría le supliqué al Señor que me iluminara pues me di cuenta de que no le había consultado a El. Entonces el Espíritu Santo me dio a conocer que yo estaba rezando por la conversión de mi marido cuando la que tenía que cambiar en muchos aspectos de mi vida era yo. Me hallaba muy

lejos de ser lo que debía: complaciente, carinosa y dispuesta a perdonar. Tan pronto como empecé a pedirle al Señor que me ayudara a mejorar como esposa y madre cristiana, el camino se fue despejando y Ben dio los pasos necesarios en la vida espiritual que a la larga lo condujeron a la Iglesia.

Pedir al Señor que nos dirija en la oración de sanación es un factor esencial. Para que nuestras oraciones sean más efectivas es necesario pasar algún tiempo escuchando las orientaciones del Espíritu Santo. Empezamos preguntando: "Señor, ¿qué quieres hacer *tú* en este caso?", y después oremos de la manera que El nos inspire. Se necesita práctica para desarrollar "la capacidad de escuchar", pero cuanto más pongamos a prueba estas voces interiores y comprobemos su exactitud, tanto más podremos confiar en ellas. Debíamos pedir el "don de oídos", así como pedimos el don de lenguas.

En una ocasión le pidieron a nuestro grupo de oración que rezara por un muchacho que se estaba muriendo porque los riñones no le funcionaban. Todos nos unimos para pedirle a Jesús que tocara su cuerpo y le restaurara la salud. Hubo varias profecías diciendo que el niño estaba sanando, pero al día siguiente el informe médico del hospital indicaba que su estado había empeorado. Nos reunimos otra vez para orar, pero esta vez le pedimos al Espíritu Santo que nos guiara y nos dijera lo que El quería para este joven. Una de las mujeres del grupo tuvo la inspiración de que la madre del muchacho era un obstáculo al flujo del poder de Dios. Ella pudo discernir que los temores y las preocupaciones de la madre eran tan grandes que creaban como una barrera espiritual entre el niño y Dios. Por lo tanto,

ella nos sugirió que oráramos más bien por la madre que por el hijo.

Así lo hicimos, pidiéndole a Dios que inundara a la madre con Su presencia divina en una forma tal que creyera que el amor del Señor por su hijo era mayor que el que ella pudiera alguna vez tener. Más tarde ella nos informó que estando sentada al pie de la cama del muchacho recibió una poderosa "unción de amor", y comprendió que Jesús estaba en el cuarto; mientras ella empezó a alabarlo y a darle gracias por haber tocado a su hijo, éste comenzó a moverse en la cama.

Momentos más tarde, cuando la enfermera llegó a cuidar al paciente, se quedó asombrada de ver que los signos vitales habían vuelto a la normalidad. Tres semanas más tarde, el niño había salido del hospital y regresado al colegio.

Cada caso requiere una dirección espiritual única. Las narraciones del Evangelio nos enseñan que Jesús no seguía una forma determinada o un modelo en su ministerio de curaciones, sino que trataba cada petición de ayuda de un modo diferente. A un paralítico le dijo que tomara su camilla y caminara, y a otro le dijo que sus pecados le eran perdonados. Jesús le impuso las manos a un ciego para devolverle la vista, y a otro le untó una mezcla de lodo y saliva para curarlo.

Por lo visto, cuando Jesús atendía a las necesidades de la gente trataba cada caso de una manera individual. Nosotros debiéramos también desarrollar esta actitud para las intenciones de nuestras plegarias.

Capítulo III

¿COMO REZAR?

Jesús les respondió: "Tened fe en Dios. Yo os aseguro que quien diga a este monte: 'Quítate y arrójate al mar' y no vacile en su corazón sino que crea que va a suceder lo que dice, lo obtendrá. Por eso os digo: todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis". (Marcos 11,22-24)

Jesús dio a sus discípulos pautas bien definidas en lo que se refiere a la oración de intercesión. Este pasaje tomado de san Marcos ilustra la actitud de fe que El demandaba de sus seguidores cuando solicitaban seriamente una respuesta a sus peticiones. La experiencia de varios años me ha convencido que nuestra vida de oración será más ricamente bendecida si seguimos las reglas que Jesucristo estableció. Las oraciones para alcanzar curaciones corporales, equilibrio emocional y renovación espiritual serán más eficaces si aplicamos estos sencillos principios a nuestra oración.

El pasaje de la Escritura describe a Jesús y a sus discípulos en el camino hacia Jerusalén. Ya habían recorrido este camino el día anterior, cuando el Señor había maldecido a la higuera: "¡Qué nunca jamás coma nadie fruto de ti!" Pedro se asombró al notar que la higuera se había "secado completamente" durante la noche, y Jesús aprovechó el incidente para dar una enseñanza.

1) La primera lección es: "Ten fe en Dios". La palabra "fe" puede a menudo ser una piedra de tropiezo para los cristianos porque la entendemos como un componente espiritual abstracto, que se agrega a nuestras oraciones para otorgarles "magia". Esta idea queda reforzada por los pastores que repiten: "¡reclamo tu curación!" Estos exhortan a las personas continuamente a tener fe cuando rezan por ellos y las acusan de falta de fe si la curación no es inmediata. Este método deja caer el peso de la responsabilidad de una manera injusta sobre la persona necesitada, que se halla a menudo demasiado deprimida espiritualmente o tan débil físicamente que no puede creer en nada. El decirle que le falta fe no puede menos que añadir sentimientos de culpabilidad a una situación de por sí ya desesperada.

A veces la responsabilidad de creer no reside tanto en el que solicita ayuda cuanto en el que intercede. La curación del paralítico en san Lucas 5: 17, sirve de ejemplo. A los cuatro amigos les era imposible hacer pasar al hombre tendido en la camilla por entre el gentío. Con gran osadía lo subieron al techo, separaron las tejas y lo bajaron a los pies de Jesús. Al ver la fe *de ellos*, El le dijo: "Amigo, tus pecados te son perdonados". Si nada se dice acerca de la fe del enfermo es quizás porque éste había dejado de creer que podía ser curado. ¡Tan heridos se hallaban su cuerpo y su espíritu! Jesús pudo aplicar la fe de sus amigos para curarlo totalmente.

La fe no se impone a nadie. Es una disposición que crece y se desarrolla a medida que vamos aprendiendo el gran amor que el Padre tiene por cada uno de nosotros. Cada vez que leamos la palabra "fe" en la Biblia, conviene sustituir la palabra "confianza" para comprender mejor el sentido del mensa-

je... Cuando confiamos en alguien creemos sin lugar a dudas que nos lleva en el corazón, de tal manera que no le preguntamos continuamente si se interesa por nuestro bienestar.

Si yo le pido a una amiga que se ocupe de nuestros hijos durante un fin de semana, confío en su amor e interés por ellos. No le estoy rogando repetidamente que se ocupe de darles de comer a sus horas y de que duerman lo necesario. ¡No se me cruza por la mente una falta de amor en una amiga!

Sin embargo, a menudo nos acercamos a nuestro Padre celestial con este temor y esta ansiedad. Le suplicamos que se dé cuenta de la gravedad de nuestros problemas o le pedimos la curación de los seres que amamos como si tratáramos de torcer su voluntad destructora. Hasta tal punto nos hemos acostumbrado a la idea de hacer a Dios responsable de todo lo malo que nos ocurre, que olvidamos que Jesús se encarnó para mostrarnos, precisamente, la verdadera personalidad de Dios.

Jesucristo nos dijo: "El Hijo no puede hacer nada por su propia cuenta, sino lo que ve hacer al Padre: lo que hace él, eso también lo hace el Hijo" (Jn. 5:19). Si Jesús es la manifestación visible del interés del Padre por nosotros, entonces el amor de Dios es realmente inmenso.

"Tener fe en Dios" significa confiar que la voluntad de nuestro Padre para nosotros supera todo lo que podemos imaginar. Al acercarnos a El en la oración, nuestra disposición debe ser semejante en su sencillez a la de los niños. Debemos creer que el Señor está más ansioso por concedernos lo que le pedimos, que nosotros por solicitarlo. Sólo entonces podemos confiar en que la respuesta de Dios a nuestras peticiones será para el mayor bien de todos.

2) Otro requisito que el Señor expuso en su doctrina es "Si alguno dice a este monte...". Es importante caer en la cuenta de que Jesús no nos dice que le pidamos al Padre celestial que El hable al monte; Jesús nos enseña que esa autoridad para mover el monte reside en nosotros. Esto recuerda el relato de la creación en el Génesis: "Los bendijo Dios y les dijo: "Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y *SOMETEDLA*; dominad en los peces del mar, en las aves del cielo y en todo animal que se arrastra sobre la tierra" (Gn. 1:28).

Dios dio al hombre dominio absoluto sobre todo lo creado, como al ser viviente más perfecto sobre la tierra. Esto nos da autoridad para corregir aquellas partes de la naturaleza que no se encuentran en armonía con la perfección de Dios. Esto es lo que hizo Jesucristo con la higuera y El espera que nosotros hagamos lo mismo cada vez que nos encontramos en la tierra con algo que no esté conforme con lo ordenado por Dios.

Tal vez no se nos presente nunca la necesidad de "mover un monte", pero esa misma autoridad puede ser ejercitada de otras maneras. En varias ocasiones he pedido orientación a Dios al ponerme a orar por alguien, y me ha parecido entender que debía ordenar al mal que saliera del enfermo; y así ha sucedido. Así como el Señor reprendió a la fiebre que aquejaba a la suegra de Pedro, y ésta se levantó sana (Mt. 8:14), así también a veces el Señor nos sugiere que expulsemos el mal con autoridad.

Puede servir de ejemplo lo que sucedió una tarde en que nos reunimos en uno de nuestros hogares para el grupo de oración semanal. Una joven pidió que rezáramos por ella antes de someterse a una operación para quitar un quiste del pecho. Suplica-

mos a Jesús que la rodeara con su amor y la librara de la terrible angustia que padecía. A continuación nos dirigimos a las células de su cuerpo que no actuaban en forma creadora ni saludable, y les ordenamos cesar su comportamiento irregular. El quiste desapareció casi inmediatamente y el médico canceló la operación después de examinar a la paciente.

Cuando nuestro hijo Esteban tenía ocho años, se cayó de la cama alta de la litera y quedó tendido en el suelo gritando por el dolor de su brazo derecho. Al tomársele una radiografía se descubrió una fractura en el brazo, ocasionada, no por el accidente, sino por un quiste que se le había venido formando hacía algún tiempo. Este, al crecerle dentro del hueso en su brazo, lo había hecho tan frágil como una cáscara de huevo.

Los dos ortopédicos que examinaron a Esteban nos asustaron con la gravedad de su condición. Iba a ser necesario enyesarlo desde el cuello hasta la cintura por lo menos por seis meses y después tendría que usar un cabestrillo por mucho tiempo. Nos aconsejaron que le "enseñáramos a jugar ajedrez", ya que cualquier actividad física no haría más que agravar su condición.

Nuestro grupo de oración rezó por Esteban suplicándole a Jesús que acelerara este proceso de curación. Al niño le alentamos a que hablara a las células de su brazo pidiéndoles que llenaran todos los espacios vacíos con tejidos óseos de gran solidez. Después de seis semanas se le quitó el yeso y se tomaron radiografías para determinar la posición de los huesos y enderezarlos si fuera necesario.

Al especialista le costaba trabajo creer lo que veía en las radiografías cuando comparaba las últimas con las primeras y no encontraba evidencia de

fractura ni de quiste. No hubo necesidad de más tratamiento; y al preguntarle si debía limitar las actividades de Esteban, el médico me respondió: "Un niño que sana tan rápido puede hacer todo lo que le plazca".

Quizás hablarle a una montaña y esperar que se mueva no es tan insólito como parecía en un principio.

3) Jesucristo también nos enseña: "Todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis". Ahora bien, ¿cómo mostrar esa fe en casos de tanto sufrimiento, desesperación y desconfianza? Se nos pide que creamos sinceramente, en nuestro corazón, que lo que estamos pidiendo ya está concedido para que de veras nos sea otorgado. Esta es la parte de la oración de fe que requiere el uso de nuestra imaginación creadora. A causa de la cultura en que nos desenvolvemos, que exige datos científicos y racionales para explicar todos los fenómenos, tendemos a desechar como irreal todo lo que no podemos tocar, saborear, ver u oler. De ahí que nos resulte difícil reconocer las inspiraciones del Espíritu Santo que ocurren en sueños, visiones, profecías e imaginación, porque no estamos acostumbrados a confiar en nuestros sentidos espirituales.

El empleo de la imaginación en la oración puede ayudarnos a "creer que ya lo logramos". En el *NEW YORK TIMES* (Agosto, 1973), se cita al Dr. Walter Chase, Director del Departamento de Investigación y Jefe del Departamento de Ciencias Básicas y Visuales, de la Escuela de Optometría del Southern California College, en Fullerton: "Lo que se ve con la mente es tan real, en un sentido, como lo que se

ve por una ventana". Y continúa explicando que no hay mucha diferencia fisiológica entre las señales que transmite la mente y las que transmite el ojo.

Los experimentos del doctor Chase demuestran que el mismo mecanismo físico está en función cuando pensamos que vemos algo y cuando realmente vemos ocurrir algo. La imaginación no es un componente pasivo de nuestro ser, sino que puede convertirse en un elemento activísimo en nuestras oraciones.

Cuando el Espíritu Santo me inspira orar por alguien que está enfermo, yo me imagino a Jesús tocando a esa persona, haciéndola íntegra, fuerte y saludable, y le doy gracias al Señor por lo que está ocurriendo aunque no tenga ninguna prueba visible del cambio. Continúo con esta imagen de completo restablecimiento hasta que se convierte en realidad, alabando y agradeciendo a Dios porque la respuesta va a producirse.

Una vez una mujer me pidió que rezara por su padre que estaba muriéndose de enfisema. Después que le expliqué este método de oración hecha con fe, ella lo comprendió, pero le era muy difícil emplear la imaginación. Al fin solucionó su problema de este modo: se procuró un retrato de su padre cuando éste tenía fuerza y plena salud. Colocó el retrato sobre el lavaplatos en la cocina. Cada vez que lavaba los platos le daba gracias a Nuestro Señor por restaurarle a su padre la salud física, mental y espiritual. Poco después éste salió del hospital y se reintegró a su trabajo.

Jesús interviene activamente en cuanto cesamos de desear que resuelva un problema y empezamos a creer que ya está actuando. En la carta a los Hebreos se nos dice: "La fe es garantía de lo que se espera;

la prueba de las realidades que no se ven. (Hb. 11,1).
Nuestras plegarias de intercesión manifiestan esta
clase de fe cuando comenzamos a darle gracias al
Señor por su amor misericordioso aunque no tenga-
mos señales visibles de él.

Capítulo IV

EL PERDON

Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. (Juan 13,34)

Jesús no se limitó a sugerir que debíamos amarnos los unos a los otros, sino que lo hizo un mandamiento nuevo. ¡Se acabaron las conjeturas sobre la naturaleza del amor, porque Dios se hizo hombre para enseñarnos cómo amar! Su amor por nosotros fue total, abarcaba a todos incluso a sus enemigos. El denunció a los escribas y fariseos en sus enseñanzas pero no los excluyó de los beneficios de su redención. En medio de los inmensos sufrimientos de la crucifixión, El bendijo a sus enemigos: "Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen" (Lc. 23:34).

Nuestro amor por los demás ¿sigue el ejemplo dado por Jesucristo o continuamos albergando en nuestro corazón resentimientos, rencores y cóleras hacia los demás?

No hay impedimento mayor para orar por nosotros mismos o por otros que el resistirnos a perdonar. Actúa como una barrera invisible entre nosotros y el Padre e impide las gracias que solicitamos para nosotros o para los demás.

Jesús nos enseñó: "Y cuando os pongáis de pie para orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno,

para que también vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone vuestras ofensas” (Mc. 11:25). El amor de Dios no puede manifestarse en plenitud en nosotros ni en otros en tanto no perdonemos a los que nos han hecho daño.

“Si ya he perdonado a esa persona”, aducimos, “sólo que no me gusta estar con ella”.

El verdadero perdón incluye olvidar la ofensa y estar dispuesto a hablar con la otra persona cuando se presente la ocasión.

“Si usted supiera todo lo que me hizo no me pediría que lo perdonara”. Esta es nuestra respuesta para perseverar en nuestro resentimiento. ¡Está claro que la herida fue muy dolorosa; o no hubiera producido tanto pesar! Sin embargo, el mandamiento de amarse los unos a los otros no toma en cuenta la intensidad del disgusto causado, sino que insiste en que amemos de todas maneras.

En una ocasión oré con una mujer que sufría de una infección crónica en la vejiga. Había buscado alivio con diversos tratamientos, pero las molestias continuaban. Varias personas habían orado pidiendo su sanación; pero sin éxito. Por esto, le pedí al Señor me indicara la mejor manera para ayudar a esta mujer. Bajo Su inspiración le pregunté sobre su pasado. Ella me lo describió gráficamente como un infierno. Su marido la había abandonado por otra mujer, dejándola con tres niños pequeños. La amargura de su voz cuando contaba su historia me decía más de lo que era posible con palabras.

Hablamos del obstáculo que esa falta de amor era para su curación y le pregunté si ella estaba dispuesta a perdonar a su marido. Al principio se puso a la defensiva, echando mano a todas las razones

que tenía para odiar a este hombre que tanto mal le había causado. A medida que íbamos hablando fue cayendo en la cuenta de que este rencor le perjudicaba más a ella que a él. Le pedí que pidiera a Dios bendijera a su esposo y lo perdonara por el abandono en que había dejado a ella y a su familia. Después oramos con fe y le pedimos a Jesús que le tocara a ella su cuerpo y lo sanara. Algunas semanas después recibí una carta suya contándome que no sólo su mal físico había desaparecido, sino que experimentaba un nuevo sentimiento de alegría en su vida.

A veces es necesario practicar constantemente este acto de perdón cuando vivimos o trabajamos con alguien que nos hace sufrir. Jesús le dijo a Pedro que debía perdonar "setenta veces siete" (Mt. 18:22), a los que le ofendieran. Esto significa que no debemos llevar la cuenta de las ofensas cometidas contra nosotros. Por lo tanto, a veces nos encontramos en una situación en la cual tenemos que repetir continuamente: "Señor, yo perdono a esta persona que persiste en herirme. Haz que la mire con tus ojos y la ame como Tú la amas". Si hacemos un esfuerzo consciente para que el amor de Jesús fluya a través de nosotros hacia los demás, este amor comienza a sanar toda la situación.

Después que yo empecé a comprender los efectos beneficiosos de la oración en el restablecimiento de mis pacientes, dediqué más tiempo al cuidado espiritual que al físico. Esto no me atrajo la simpatía de los médicos del hospital. Uno en particular aprovechaba todas las oportunidades para burlarse de mí por "haberme convertido en una beata" y en una "pentecostal fanática". Habíamos sido buenos

amigos y al no comprender el cambio operado en mí comenzó a dirigirme indirectas llenas de sarcasmo, que me herían profundamente.

La solución más simple era huirle lo más posible; pero me di cuenta de que no era la verdadera solución. Por consiguiente, empecé a recurrir al amor perdonador de Jesús cada vez que nos encontrábamos. Yo me daba cuenta de que mi amor no era suficiente, pero no me cabía la menor duda de que Dios amaba a este hombre sin condiciones. Cada vez que él comenzaba a molestarme, yo acudía a Jesús y le pedía que me llenara de su amor para que rebalsara hacia el doctor. Las relaciones fueron suavizándose, él dejó de hostilizarme y nuestra amistad se reanudó. Esta práctica de perdonar por amor algunas veces toma tiempo y esfuerzo, pero los resultados bien valen la pena.

Una vez tomada la determinación de perdonar a la otra persona, el camino está abierto para que el amor de Dios opere en nosotros y nuestras plegarias sean respondidas. Es importante recordar que el perdón es una decisión, un acto de nuestra voluntad que puede ser eficaz aún cuando sentimos cierta mala disposición hacia la otra persona. Una vez que tomamos la decisión y perdonamos por medio de la oración, todo el mecanismo espiritual se pone en movimiento para que gradualmente todo nuestro ser responda con amor. Si sinceramente deseamos perdonar, nuestros sentimientos llegarán también a lo mismo.

Una joven pidió oraciones por la curación de su cuerpo herido con tiros de escopeta por un vecino enojado. La chica había estado hospitalizada mu-

chos meses y sufrido varias operaciones para corregir el daño interno ocasionado en casi todos los órganos del cuerpo. Al preguntarle nosotros si estaba dispuesta a perdonar a su atacante ella contestó enfáticamente que no; esa persona había hecho sufrir demasiado a su familia y a ella; ella iría a la tumba odiándolo.

Mientras yo oraba pidiendo orientación al Espíritu Santo, sentí la inspiración de preguntarle a ella si podía orar para llegar a *desear el deseo* de perdonar al vecino. Eso sí lo aceptó y lo hizo tranquilamente. Una gran paz espiritual la inundó al instante; y aunque físicamente no curó del todo, recibió el bautismo del Espíritu Santo y una profunda conciencia de la presencia de Dios en su vida.

Una buena práctica en nuestros ratos de oración consiste en sentarnos tranquilos y pedirle al Señor que nos traiga a la mente las personas que tenemos que perdonar. Si nos viene algún nombre podemos pedir al Espíritu Santo la gracia de "ver" a esta persona con los ojos de Jesús y perdonarla con el amor perdonador del Señor. Podemos añadir una oración de acción de gracias confiando que Jesús corregirá lo que nos falte para que podamos amar con Su amor perfecto.

Es importante perdonar las ofensas que nos han hecho como también lo es pedir perdón a los que hemos ofendido. Jesús nos enseñó: "Si al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo que reprocharte, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda" (Mt. 5, 23-24).

A veces descuidamos este requisito sin darnos cuenta de que puede impedir el logro de nuestras peticiones. En una ocasión oramos por varias semanas por una mujer para que encontrara trabajo. Ella era el único sostén de sus hijos menores y la situación se estaba haciendo desesperada. Una noche mientras orábamos, alguien le preguntó si ella podía recordar alguna cosa que pudiera ser obstáculo en esa situación. ¿Había alguien a quien ella debía perdonar o alguien que necesitaba perdonarla a ella?

Entonces, ella recordó que su antiguo jefe la había despedido porque había murmurado contra él con los empleados de la oficina. Hubo muchos sentimientos heridos y nada se había hecho para reconciliar las relaciones entre ellos. Al día siguiente temprano, ella fue a la oficina del jefe y le pidió la perdónara por su conducta desconsiderada. Es fácil imaginar la perplejidad del hombre por esta visita tan inesperada, y con cierta reserva aceptó la explicación. Algunas horas después ella recibió una llamada telefónica informándole que la solicitud de empleo que había llenado hacía algunas semanas había sido aceptada. El perdón abrió el camino para que Dios se manifestara.

Si es sincero nuestro interés por obtener una respuesta de Dios, debemos estar dispuestos a cumplir con las condiciones que nos pone. A cada promesa que hallamos en la Biblia le corresponde una condición que debe ser cumplida. Jesús menciona el perdón con tanta frecuencia en sus enseñanzas que no nos queda más remedio que reconocer el profundo alcance de esta acción.

La necesidad de perdonar y ser perdonados se extiende también a nuestras relaciones con Dios.

Es frecuente el caso del hombre que está enojado con el Señor y muchos pasajes de las Escrituras ilustran esta actitud. Moisés increpó a Dios: “¿Por qué tratas mal a tu siervo? ¿Por qué no he hallado gracia a tus ojos, para que hayas echado sobre mí la carga de todo este pueblo? Si vas a tratarme así, mátame, por favor” (Nm. 11:11-12. 15).

Varios salmos también expresan descontento con la Divina Providencia (p. ej.: Sal 6, 13, 22, 77, 89) por lo que presumo que Dios puede tolerar nuestros arrebatos. El problema consiste, sin embargo, en permitir que la cólera y el rencor nos separen de su amor.

En una ocasión cuidé a un hombre que estaba furioso con el Señor porque, como decía él: “Dios mató a mi hijo en un accidente de automóvil”. Por muchos años se negó a ir a la Iglesia y no permitía que se hablara de religión en su casa. Al ser hospitalizado por cáncer en los intestinos, y en estado de mucha gravedad, empezamos a orar para que se reconciliara con el Señor. Su amargura continuó hasta la víspera de su muerte cuando finalmente consintió en que el capellán del hospital lo visitara. Más tarde le dijo entre lágrimas a su esposa: “Querida, siento tanta paz, ¿por qué no lo haría hace años?”

Ocurre a veces que nuestro disgusto contra Dios es tan sutil que no nos damos cuenta de que nos quita la alegría, nos impide rezar, nos priva de la confianza o nos induce a un espíritu de desesperación. Para adquirir una nueva perspectiva del gran amor de Dios por nosotros, ayudará el meditar sobre los pasajes de la Escritura donde Jesús habla del “Padre”. Sentiremos la respuesta a la oración

del Señor por nosotros: “Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido y éstos han conocido que tú me has enviado. Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos” (Jn. 17,25-26).

Capítulo V

ORACION DE SANACION Y REUNIONES DE GRUPOS

“Yo os aseguro también que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos”. (Mateo 18,19-20)

La oración particular es muy importante en el desarrollo de la vida espiritual y debe ser practicada a diario. Sin embargo, el aumento fenomenal del número de los grupos de oración en todo el mundo, prueba que los cristianos también están respondiendo a la llamada del Señor a la oración en común. Jesús no nos dijo el por qué el ponerse de acuerdo dos o más personas aumentaría la efectividad de nuestras plegarias, pero la experiencia de muchos grupos da testimonio de esta verdad.

A menudo recibo cartas de personas que me cuentan cómo durante años habían rogado por una intención particular sin lograr resultados, hasta que la habían llevado al grupo de oración. A veces “el morir a nosotros mismos”, que lleva consigo el aceptar ayuda ajena, ayuda a abrir una puerta. La mayoría de las veces la diferencia estriba en el poder que ejerce el cuerpo de creyentes. Cuando nos reunimos para adorar y alabar al Señor parece haber una corriente palpable de energía divina que fluye

a través del grupo y nos asegura de la presencia del Señor.

Esta corriente del amor de Dios proporciona el ambiente que nos permite la comunicación con el Padre y de unos con otros. El cuidado que Dios tiene de nosotros se hace patente cuando se refleja en el amor de los hermanos reunidos en oración. Me es más fácil creer que Dios se interesa en responder a mis necesidades cuando siento la solicitud de mis amigos.

Podemos contribuir a este beneficioso ambiente espiritual por medio de nuestra consideración hacia las otras personas. Para demostrar interés por otros hay que desarrollar la capacidad de escuchar. El Dr. Morton Kelsey del Departamento de Estudios Graduados de la Universidad de Notre Dame y autor del libro *HEALING AND CHRISTIANITY* (Harper and Row, 1973) dice: "El 50% de toda siquiatria es la capacidad de escuchar con amor y sin juzgar".

El mejor regalo que le podemos hacer a otros es nuestra completa atención y amoroso interés en lo que están diciendo.

El escuchar también nos permite desarrollar vivos sentimientos de compasión y comprensión. La palabra compasión significa "sufrir con otro" y requiere compenetrarnos con el dolor de la otra persona. Solamente cuando nos ponemos en el lugar de otra persona, comenzamos a caer en la cuenta de lo que está sufriendo. Sólo entonces, como san Pablo, podemos "alegrarnos con los que se alegran y llorar con los que lloran" (Rm. 12:15).

Para escuchar sin juzgar interiormente al otro, necesitamos algún entrenamiento ya que tenemos la tendencia de sospechar de otros cuyos puntos de vista sean diferentes de los nuestros. Es realmente

una señal de madurez poder aceptar a la gente como es, comprendiendo la sabiduría de san Pablo: "Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno *diferente* por su parte" (I Co. 12:27).

Los años de experiencia con los grupos de oración me han persuadido de que cada uno siente una imperiosa necesidad de ser aprobado y bien recibido. Aún esas personas que aparentan ser muy seguras de sí mismas se desenvuelven más plenamente en un ambiente dinámico de personas que las aman y alientan. Jesús, con su gran sensibilidad, debió de darse cuenta de las faltas de sus discípulos, pero prefirió fijarse en sus cualidades, permitiéndoles hacer grandes cosas.

La mayoría de nosotros estamos tan conscientes de nuestras imperfecciones, que necesitamos que otros nos señalen nuestras buenas cualidades. Por supuesto hay situaciones en que es necesario confrontar a una persona con algunas de sus tendencias o acciones cuando le son perjudiciales a ella o a otros, pero aún en estos casos el enfrentamiento puede llevarse a cabo con amor. La enseñanza de san Agustín de aborrecer el pecado pero amar al pecador es una meta digna de alcanzar.

Un buen número de personas comienza a participar en grupos de oración cuando se encuentran en una situación crítica que les hace buscar ayuda espiritual. Por esto, muchos grupos de oración dedican una parte de su tiempo a orar por las necesidades de los demás. Cuando el grupo es pequeño es corriente que todos oren por las intenciones de los que lo soliciten, pero esto es imposible en reuniones numerosas. Para solucionar esto, muchos grupos desig-

nan equipos de oración para proporcionar ayuda personal.

He aquí algunas sugerencias que ayudarán a incrementar la eficacia de dichos equipos:

1) El local designado para la oración debe ser, dentro de lo razonable, lo más tranquilo posible, con un ambiente propicio a la meditación. Las distracciones dificultan la concentración para orar. Por lo tanto el local de atención personal debe estar apartado de los lugares designados para servir refrescos y confraternizar.

2) Si es posible, el cuarto designado para orar debe estar disponible tanto antes como después de la reunión general. Muchas veces hay personas que asisten a las sesiones de oración solamente para recibir ayuda personal, y se hallan a veces demasiado enfermas o abrumadas como para quedarse todo el tiempo de la reunión. Si se les facilita la atención personal antes de la reunión, esto puede reducir el número de solicitudes al final de la misma.

3) Antes de comenzar la atención a los demás, los miembros del equipo deben orar los unos por los otros para que la plenitud de los dones del Espíritu Santo fluya a través de todos ellos. Los miembros del equipo de oración necesitan quizás oraciones para los problemas de sus propias vidas antes de que puedan ayudar a otros. Es asimismo difícil ser instrumentos del amor de Jesús cuando estamos alimentando sentimientos de rencor y odio, y debemos estar dispuestos a liberarnos de esas ba-

rreras. Este período de tiempo nos preparará para abrirnos lo más posible a la presencia del Señor.

4) Es preferible, siempre que sea posible, rezar por la gente individualmente más bien que en grupo. De esta manera el equipo podrá concentrarse en una petición particular. Jesús le preguntó al ciego Bartimeo: “¿Qué quieres que te haga?” (Mc. 10,51). Era obvio para el Señor que este hombre estaba ciego, pero El quería que *él* lo especificara. Yo creo que muchas oraciones no obtienen respuesta porque no expresamos claramente lo que queremos.

5) La persona por quien oramos no debe sentirse abrumada por muchos discernimientos, profecías o instrucciones. Dos o tres de los miembros del equipo son suficientes para orar *a menos* que el interesado solicite la presencia de amigos o parientes.

6) El equipo de oración no debe sugerir nunca que la persona suspenda las medicinas, tratamiento médico o terapia. El amor sanador del Señor actúa también por estos medios y esto no significa falta de fe. A veces, la persona que busca ser curada recibe la inspiración de interrumpir determinado tratamiento, pero esto debería ser comprobado por el médico. Si dicha inspiración de veras vino del Espíritu Santo, El se encargará de confirmarla por medios naturales.

7) El equipo de oración debe fomentar y acrecentar la unión entre todos, lo cual permite que los dones del Espíritu Santo fluyan entre todos sus miembros y evita que la misma persona domine siem-

pre cada situación. El Cuerpo de Cristo opera con más eficacia si todas sus partes se hallan en función.

8) Es muy frecuente que el equipo de oración se sienta física y espiritualmente agotado después de orar por mucha gente. Recordemos aquí el caso de la mujer que llevaba 12 años sufriendo hemorragias. Jesús supo que ésta fue sanada, cuando sintió que “una fuerza había salido de El” (Lc. 8,47) al ser tocada la orla de su vestido. No solamente el poder del Señor fluye por nosotros para bendecir a otros, sino que algo de nuestra energía fluye con El. Por esta razón: Es aconsejable que los otros miembros de la comunidad intercedan por el equipo de oración para que el Espíritu Santo los vigorice y renueve. Todas las cargas espirituales que se reciben como resultado del servicio a los demás, deben ser entregadas al Señor quién nos dijo: “Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré (Mt. 11,28).

Ocurre a veces que los miembros del grupo de oración se desalientan cuando piden por una curación y la persona muere, y tratan de explicárselo por un sinnúmero de razones. Debemos tener presente que aún aquellos que Jesús había resucitado, algún día tuvieron que morir. Llega el momento en que nuestro Padre nos llama consigo. Cuando hemos hecho todo lo posible para obtener la curación en un caso determinado, debemos dejar el desarrollo de los acontecimientos en las manos del Señor.

Orar por las necesidades de otros puede ser un ministerio satisfactorio y provechoso aún para aquellos que todavía no están sanados ellos mismos. El amor desinteresado que se ejercita al tender la ma-

no a un necesitado, puede abrir la puerta a grandes bendiciones. Es interesante observar el número de milagros ocurridos en Lourdes (Francia) mientras la persona oraba por la curación de otra.

Yo tengo dos queridísimas amigas cuyos impedimentos físicos no les estorban para interceder por otros. Virginia Block de Libertyville, (Illinois), y Amy Landry de La Grange Park, (Illinois), son bellísimos instrumentos para el amor sanador de Jesucristo aunque las dos se han hallado en silla de ruedas durante una buena parte de sus vidas. Dios les ha dado un don de fe que ha influenciado a muchos y ellas aprovechan todas las oportunidades para ayudar a los demás. La comunicación de esta fe a otros ha abierto el camino para que el Señor vaya gradualmente integrándoles toda la personalidad. El proceso ha sido lento pero abarca el ser total, el cuerpo, la mente y el espíritu.

Yo cuidé a Virginia durante años hasta que nos mudamos a Florida y nunca he dejado de recibir una bendición de ella. Ella me enseñó a ser paciente con Dios cuando mis oraciones no obtenían el resultado que deseaba. Por Virginia aprendí el sentido real de las palabras de Isaías: "Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos..." (Is. 55,8), que me ayudaron a situar mis relaciones con nuestro Padre Celestial en la debida perspectiva.

Virginia y Amy tienen una profunda devoción a Jesús en la Eucaristía y comulgan con frecuencia. Amy es una de las fundadoras de la Comunidad "Living Waters", una comunidad de oración carismática que valoriza mucho los Sacramentos y enseñanzas de la Iglesia Católica. Es más que casualidad que

durante el Congreso de Carismáticos Católicos que se llevó a cabo en Roma en 1975 el cuerpo de Amy fue en parte restablecido al recibir el Cuerpo de Cristo en la Misa. Antes de la Comunión siempre rezamos: "Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme". A veces me pregunto qué pasaría si todo el que se acerca al altar creyera en la verdad de esas palabras.

Capítulo VI

HACERNOS COMO NIÑOS

Jesús dijo: "Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los cielos". (Mateo 18,1-4)

Jesús nos enseñó la necesidad de hacernos como niños si queremos pertenecer al Reino de nuestro Padre Celestial. En todas las culturas los niños tienen ciertas cualidades que los cristianos necesitan emular antes de llegar a conocer el amor de Dios.

Ser como un niño no es lo mismo que ser infantil. Esto último implica egoísmo y falta de madurez. "El que se hace pequeño como un niño" deja de lado a propósito sus propios deseos para responder a las directivas del Señor en todos los aspectos de su vida.

Los niños actúan espontáneamente pues no se dejan complicar por la razón y la lógica. Ellos no se dejan intimidar por ningún obstáculo para llegar a alcanzar lo que quieren, y de esto puede dar fe toda madre de un niño de dos a tres años. Una tarde, cuando Cristóbal, nuestro hijo mayor, apenas comenzaba a caminar, lo llevé a una tienda. Movido por la curiosidad se acercó a una pecera con muchos peces, y antes de que yo pudiera evitarlo, el estanque entero se vino abajo, con agua, peces, algas des-parramándose por todas partes. Pensé que esta expe-

riencia iba a disminuir sus exploraciones, pero al contrario no sirvió sino para aumentar su determinación de vencer todas las dificultades.

Los niños son en extremo confiados pues tienen que depender totalmente de la gente que los rodea, para que les den todo lo que necesitan. Por lo general no necesitan estar pidiendo lo necesario para vivir, porque cuentan con alguien que se ocupará de ellos.

Un niño sano es capaz de dar y recibir muestras de cariño en situaciones muy variadas. Besar, abrazar y tocar resulta muy normal en la vida de un niño y se halla a sus anchas en este tipo de ambiente abierto.

Jesús nos pide que nos hagamos como niños; confiados, cariñosos y sin inhibiciones, pero lo que sucede es que encontramos numerosos obstáculos en el camino. La vida del mundo nos ha hecho levantar como una pared protectora alrededor de nuestros rasgos de niño, para evitar las heridas que podrían infligirnos los demás. ¡Cuántas veces hemos tratado de confiar en los demás y nos hemos sentido defraudados en sus promesas! ¡Nos hemos abierto a amar y ser amados, pero sólo hemos hallado insensibilidad y dolor! ¡Al actuar sin inhibiciones nos han reprendido por ser "infantiles" y no portarnos "como personas mayores"!

Estas experiencias logran reprimir al niño que llevamos dentro de nosotros, lo cual dificulta que mantengamos las relaciones francas y sinceras necesarias para el progreso en la vida espiritual. Funcionamos, pero se requiere un tremendo esfuerzo personal.

Yo creo que el amor curativo de Jesucristo puede devolver la libertad a ese niño que llevamos den-

tro. En realidad, me parece que esto es parte del mensaje que, al principio de su vida pública, Jesús proclamó respecto de "libertad a los cautivos" (Lc. 4,18). Cada uno de nosotros hemos sufrido un sinnúmero de traumas que continúan afectando nuestras vidas. Estas heridas pueden haber tenido lugar hace muchos años, y las hemos olvidado completamente, pero ese niño dentro de nosotros nunca olvida nada. Si le pedimos al Señor que toque esas penas experiencias, esto puede ser un gran paso para entrar en el Reino de los Cielos.

Un joven nos pidió que orásemos porque era incapaz de sentir alegría en su vida. Varios meses antes había recibido el Bautismo en el Espíritu Santo y los dones de lenguas y profecía, pero el proceso resultaba estéril y automático. Pedimos al Señor que sanara los recuerdos de su niñez cuando vivía con su padre que era alcohólico y lo maltrataba de palabra y de obra. El cambio fue instantáneo. El gozo le brotó de lo más profundo de su ser como "ríos de agua viva" (Jn. 7,38), y sintió una verdadera liberación.

No hay manera de saber cuánto influyen en nuestra vida estas experiencias negativas, pero nadie parece estar libre de recuerdos dolorosos. Aún aquellas situaciones que parecen insignificantes desde el punto de vista de un adulto, pueden ser devastadoras para nuestro "niño interior".

Una vez oré con una mujer que sentía un temor incontrolable a estar al aire libre. No podía quedarse afuera ningún tiempo sin sentir profunda angustia. Esto le impedía gozar las vacaciones con su marido y sus hijos.

Le pedí al Señor que tocara en su pasado todo lo que pudiera haber sido la causa de semejante

reacción, y de repente recordó un incidente bastante sencillo. Cuando era bien pequeña estaba jugando a la orilla del río y olvidándose del peligro de la corriente, comenzó a meterse en el agua. De repente, escuchó gritos de alarma mientras su padre la sacaba en brazos y le decía que nunca más se acercara al agua. A pesar de los años que habían pasado, la emoción intensa de la orden de su padre continuaba afectándola. Yo le dije que tratara de reconstruir la escena en su mente, esta vez incluyendo a Jesús en el cuadro. Así lo hizo, y ella pudo ver a Jesús caminando con ella a lo largo de la orilla de ese río y, en vez de inspirarle miedo, enseñándole la belleza de la creación de su Padre Celestial. Yo me enteré de que se había curado cuando, varios meses después, recibí de ella una tarjeta postal desde el Gran Cañón del Colorado en la que me contaba las maravillosas vacaciones que estaba pasando con su familia en ese parque nacional.

Isaías profetizó que Jesús soportaría nuestros sufrimientos y cargaría con nuestros dolores hasta la cruz. Nuestro Señor no murió sólo por nuestros pecados sino también por el dolor y la tristeza que sufrimos como víctimas de un mundo destrozado. "Por sus llagas hemos sido curados" (Is. 53,4-5).

Puesto que Dios respeta nuestra libre voluntad, es necesario que nosotros lo invitemos a entrar en nuestros corazones y a tocar los recuerdos dolorosos que hemos acumulado. Aún cuando no podamos recordar nada que pueda impedir nuestro progreso espiritual, de todos modos podemos pedirle al Espíritu Santo que dirija el amor sanador de Jesús a cualquier hecho pasado que necesite ser curado. El Señor no borra estos traumas de nuestras vidas, si-

no que los transforma de tal manera que ya no tienen el poder de esclavizarnos. Recordamos lo que pasó, pero sin las emociones negativas de miedo, indignación, tristeza, culpabilidad o dolor.

La curación interior es como la curación física. Puede ser inmediata, liberando de años de sufrimiento con una oración, o puede ocurrir en un proceso largo, pero siempre será un paso hacia la curación total sin importar la forma en que el Señor decida hacerlo.

Lo que sigue es una meditación que puede ser útil para abrir la puerta a la curación de ese "niño interior" que todos llevamos dentro de nosotros.

¡Oh Jesús!, te pido que entres en mi corazón y toques aquellas experiencias de mi vida que necesitan ser sanadas. Tú me conoces mucho mejor que yo; por lo tanto llena con tu amor todos los rincones de mi corazón. Dondequiera que encuentres al niño herido, tócalo, consuélalo y pónlo en libertad.

Vuelve a recorrer mi vida desde el principio, desde el mismo momento de mi concepción. Purifica las líneas hereditarias y líbrame de aquellas cosas que puedan haber ejercido una influencia negativa en aquel momento. Bendíceme mientras iba formándome en el vientre de mi madre y quita todas las trabas que puedan haber dificultado, durante los meses de gestación, mi desarrollo en plenitud.

Dame un profundo deseo de querer nacer y sana cualquier trauma tanto físico como emocional que pudiera haberme dañado durante mi nacimiento. ¡Gracias, Señor, por estar ahí presente para recibirme en tus brazos en el momento mismo de mi naci-

miento, para darme la bienvenida a la tierra y asegurarme que Tú nunca me faltarías ni me abandonarías!

Jesús, te pido que rodees mi infancia con tu luz y que toques aquellos recuerdos que me impiden ser libre. Si lo que yo necesité fue más cariño maternal, mándame a tu Madre, la Virgen María, para que me dé lo que me hace falta. Pídele que me abrace fuerte, que me arrulle, que me cuente cuentos y llene el vacío que necesita el calor y el consuelo que sólo una madre puede dar.

Quizás "el niño interior" siente la falta del amor del padre. Señor Jesús, déjame gritar con libertad, con todo mi ser "Abba", Papá, Papi. Si yo necesitaba más cariño paternal y la seguridad de que me deseaban, y me amaban de verdad, te pido que me levantes y me hagas sentir la fuerza de tus brazos protectores. Renueva mi confianza y dame el valor que necesito para hacerle frente a las adversidades de la vida porque yo sé, Padre mío, que tu amor me levantará y me ayudará si tropiezo y caigo.

Recorre mi vida, Señor, y consuélame cuando otros me trataban mal. Sana las heridas de los encuentros que me dejaron asustado, que me hicieron entrar en mí mismo y levantar barreras de defensa ante la gente. Si me he sentido solo, abandonado y rechazado por la humanidad, concédeme por medio de tu amor que lo sana todo, un nuevo sentido de mi valor como persona.

¡Oh Jesús! me entrego a ti, en cuerpo, alma y espíritu, y te doy gracias por haberme sanado en armonía y plenitud!

¡Gracias, Señor!

I N D I C E

Prólogo	7
Introducción	11
Cap. 1 ¿Quién tiene el don de sanación?	19
Cap. 2 Orientación	25
Cap. 3 ¿Cómo rezar?	31
Cap. 4 El perdón	39
Cap. 5 Oración de sanación y reuniones de grupos	47
Cap. 6 Hacernos como niños	55

